

UN MES.

Madrid... 6  
Prov. 3 meses... 20

## EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60  
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.— Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

## UNA ACTRIZ.

I.

Por la sucesiva pérdida de su padre y de su madre, ricos habitantes de Turin, Angela

Clari se hallaba á los veinte y un años dueña de su persona y de un inmenso caudal.

Era una admirable rubia, de ese rubio á que tanta afición tenían los pintores del renacimiento; esbelta y bien formada; con celestial mirada, frente inspirada y hermosa, sobre todo con la belleza mas esquisita, la belleza de la inteligencia.

Aprovechándose de la libertad en que la habían dejado sus padres se había consagrado á las artes, y principalmente á la música. Tenía una voz magnífica, y aun cuando no se dedicaba á ella sino para sus goces y satisfacciones personales, mas de una cantatriz de profesion hubiera podido envidiar la manera con que interpretaba ciertos trozos de Rossini ó de Meyerbeer.

Dotada como lo estaba de una fortuna rica é independiente, Angela no había dejado de ser el punto de mira de muchos amantes y adoradores. Pero hasta entonces el amor del arte había llenado aquel corazón altivo y puro. Pre-

sentábase en el mundo; acogía, sin buscarlas, las ocasiones de hacer brillar su hermosa voz; manifestaba con modestia su talento, y permanecía sorda é insensible á todos los elogios.

Una noche que había consentido en cantar en casa del conde Juliani, al dejar el piano oyó detrás de ella estas palabras pronunciadas por una voz conmovida y vibrante:

—No ha usurpado vd. su nombre, hermosa Angela, porque acaba vd. de cantar como un ángel.

Volvióse la aficionada, y vió á un joven de veinte y seis á veinte y siete años, de rostro espresivo, talle elegante y delgado, y cuyos ojos negros se hallaban ardientemente fijos sobre ella.

El momento fatal, aquel cuarto de hora tantas veces señalado por los novelistas y poetas, había sin duda llegado para Angela; porque en el sonido de aquella voz y bajo la influencia de aquella mirada sintió una emoción desconocida, indefinible, y no pudo responder sino tartamu-



Dijo caer sus lindas manos entre las del joven.

deando al cumplimiento que acababa de dirigirla.

Aquel feliz caballero era el hijo del conde en cuya casa se verificaba la reunion, Octavio Juliani, heredero de un gran nombre, y de una fortuna digna de un principe.

En todo el resto de la *soirée* el joven conde no cesó de mostrarse solícito con Angela, y de manifestarle bajo mil formas la mas viva pasión: llegó hasta suplicarla que le concediese su mano comprometiéndose, decia, á obtener el consentimiento de su padre. Tanto hizo, que al fin de aquella *soirée*, aquella emoción que Angela había sentido se había convertido en un amor profundo, cual nunca lo había sentido el corazón de la joven.

A favor de los proyectos de matrimonio, Octavio había conseguido que Angela le permitiese

presentarse en su casa. Era joven, hermoso, amaba y comprendía las artes. Pasaban juntos deliciosos dias, que no hacían mas que aumentar su mútua pasión. Con la confianza de su hermosa alma, y la impresionabilidad de su organización de artista, Angela se abandonó toda entera á aquel amor que constituía su vida.

Pasóse así casi un año en esta embriaguez, y el matrimonio propuesto por Octavio no acababa nunca de hacerse. Una vez oponía el joven un obstáculo, que era preciso allanar: otras veces un motivo de tardanza; y otras veces otra cosa. Sin embargo, en su dignidad y en su candor, Angela se hubiera ruborizado de concebir la menor sospecha sobre las intenciones del que tanto amor la había jurado, y á quien ella se lo había sacrificado todo.

Pero sea que el joven se cansase de su feli-

cidad, ó sea que le detuviesen ocupaciones ó deberes, sus visitas se fueron haciendo menos frecuentes, y aun algunas veces se presentaba con aire impaciente, preocupado, como si tratara no de buscar un placer, sino de llenar una penosa obligación.

No tardó Angela mucho tiempo en notar aquella mudanza. Creyendo al pronto que alguna contrariedad en sus negocios, ó algunos pesares de familia le hacían sufrir, instó tiernamente á Octavio para que se los confiese. Pero éste, mostrándose mas contrariado que conmovido de aquellas solícitas preguntas, la respondió que nada había podido motivar en él la mudanza que había creído notar, y que además se equivocaba porque él era siempre el mismo.

Preguntóle entonces ella en qué había podido herir ó desagradar á su amante, y le su-



plicó que la confesase si tenía queja de ella. Pero éste la dejó ver claramente que se hallaba hostigado de semejante rigor, y comprendía que debía renunciar á continuarlo. Por último, después de haber pasado por todas las crueles alternativas de la duda y de la incertidumbre, un día hizo un esfuerzo para volver á aquellas conversaciones, á aquellas expansiones, á aquel egoísmo de los dos que tan feliz la había hecho. A todos aquellos avances, á todos aquellos tiernos mimos el conde respondió con razones triviales, y con la sonrisa fría y propia de la indiferencia. Púsose entonces Angela al piano, y cantó una de sus canciones mas apasionadas; empero viendo desde el principio que Octavio se preparaba á sufrir á la música como había sufrido á la muger, se detuvo, y se apagó su voz en medio de un suspiro de desesperación.

—Vd. no me ama ya, Octavio, dijo con lágrimas: hace algun tiempo que lo dudo y lo temo; pero ahora estoy segura. Si vd. no tiene fidelidad, tenga al menos franqueza. Confíese vd., pues, que no me tiene amor. Dígame usted, pero declare tambien qué motivos tiene para hacerlo, y en qué he podido desmerecer á sus ojos.

Si Octavio se hubiese explicado con la franqueza que Angela reclamaba, franqueza amarga hasta lo imposible, no hay duda que le hubiera respondido casi estas palabras:

—Vd. ha adivinado exactamente lo que hay, pobre Angela; ya no la amo á vd. Que en estos últimos tiempos vd. haya sido tan hermosa, tan atenta, tan amante, tan decidida por mi como en otros tiempos, eso me importa poco, y no es esa la cuestión de que se trata. Lo que hay es que al fin y á la postre me fastidio de ver sin cesar sus azules ojos, sus rubios cabellos, por hermosos que sean, y oír siempre la misma voz á pesar de su encanto y estension. Me pregunta vd. qué culpa tiene, qué crimen ha cometido: para mí tiene vd. la mayor de las culpas... la de no ser amada.

Como Octavio no podía dar semejantes esplicaciones se contentó con responder con ese aire cortado y embarazado que toman los hombres en semejantes casos:

—Dice vd. que no la quiero, querida amiga: ¡bueno! Esa es una locura que le ocurre á usted; visiones y fantasmas que se forma en su cabeza de artista. ¡Si supiese vd. cuánto siento sus injustas quejas! Vamos, hasta la vista y haga vd. de modo que la encuentre mas razonable cuando vuelva.

Al decir estas palabras el conde dió un beso en la frente á Angela; beso furtivo y glacial, verdadero tributo pagado á la política. Después se retiró; empero cual un cautivo que acaba de romper sus cadenas:

—Bien podría yo, dijo para sí, hacer ver que he llevado lo mas lejos posible la paciencia humana.

En cuanto se hubo ido la jóven se abandonó á su dolor. Lloró largo tiempo. Después por una reaccion repentina se puso á esperar en la próxima venida de Octavio: fijóse en la idea de que á la mañana tal vez iba á volver, y que le volvería á ver absolutamente tal cual había sido en tiempos pasados para ella.

Así se la pasaron aguardando ocho días, ocho siglos, estremeciéndose al menor ruido, creyendo sin cesar reconocer sus pasos, corriendo á cada instante á las puertas y á las ventanas, y terminando por ser el juguete de alucinaciones y fantasmas. Por último, tomó el partido de escribirle; y no habiendo recibido respuesta, se resolvió á ir á informarse ella misma de lo que pasaba.

Supo entonces que el conde Octavio se había marchado había ocho días á un viaje cuyo punto y dirección no se sabía....

¡Abandonada!...

Angela permaneció al pronto estupefacta; parecíala que el mundo se hundía sobre ella. En seguida, calenturienta y loca corrió á su casa y se encerró en ella. Al volver á ver todos aquellos objetos que le hacían presentes tantos recuerdos, y que sin embargo llevaban el luto de su felicidad, creyó que acababa de entrar viva en el sepulcro. Atormentada á su vez por el marasmo del abatimiento y por los tormentos de la exaltación se abandonó al vé-

tigo de las resoluciones estrema. Empero esto fué para volver á caer mas profundamente en la desesperación y en el anonadamiento.

De pronto fijáronse sus miradas sobre su piano, sobre sus papeles de música, abiertos todavía.

—¡Oh! exclamó radiante, ¡me desdena! pues bien, me vengaré.

## II.

Dos años después de los sucesos que acabamos de contar, toda la Italia desde Milan hasta Nápoles resonaba con la fama de una cantatriz sin rival, cuya fama y triunfos rayaban en prodigio.

Preciso es figurarse el entusiasmo artístico de los italianos para comprender la lluvia de flores y ramilletes, y comprender el frenesí con que se celebraba en todas partes el triunfo de esta *prima donna*, que había al principio guardado el anónimo, pero que la idolatría del público con justo título la había llamado *La Regina*, reina del genio y de la belleza.

No era solo como una muger adorable y como cantatriz de primer orden como la Regina excitaba la atención general. Llevaba además una vida llena de escentricidades, que se parecía un poco á la de ciertos artistas de nuestros días. Así haciendo la fortuna de los directores exigía á la verdad que una parte conveniente de las entradas fuese para ella; pero esta parte la entregaba entera á las autoridades de la ciudad: el salario del genio se hallaba consagrado al consuelo de los pobres. Esta maravilla, objeto de tantas atenciones, vivía retirada en su fonda, encerrada en un cuarto, del que no salía sino algunos ratos para ir á los ensayos ó al teatro.

Todo Milan estaba entusiasmado con la idea de ver á Regina, y bastaba su nombre puesto en el cartel para asegurar un lleno en el teatro de la *Scala*. No recibía á nadie, y solo se comunicaba con una doncella y un criado viejo llamado Pietro, que los dos le eran muy decididos.

A la hora del teatro, y en coche cerrado, salía del *hotel*; pasaba rápidamente el carruaje, y depositaba á la entrada particular del teatro á la *Diva*, que los robustos brazos del anciano Pietro protegían contra las adoraciones demasiado fervientes.

Solo en la escena se dejaba ver y oír la *Regina*. Allí, abandonándose á toda su fogosidad, á todos sus impulsos, á todos sus delirios de artista, tan pronto levantaba tempestades de aplausos. Después, lanzada su última nota, dejaba la sala todavía estremecida, volvía á subir en su carruaje y á entrar en su *hotel* donde permanecía hasta el día siguiente. En aquel momento se encontraba en Nápoles la *Regina*, y cantaba en el teatro de San Carlos.

Volvamos á Octavio Juliani, que hemos dejado el día en que Angela había adquirido la certidumbre de verse abandonada. Compréndese que aquel gusto y aquella afición á los viajes tan bruscamente nacida en el conde no era otra cosa mas que deseo de escapar al fastidio, á las quejas, y tal vez á la catástrofe de un rompimiento. Sin atreverse á confesarlo, pensó permaneciendo ausente un año ó dos encontraría á su vuelta á su querida casada, ó que se habría marchado, ó que ya se habría consolado. Con estas previsoras intenciones recorrió la Francia, la Inglaterra y la España. Para retardar todavía el instante de su llegada se embarcó en Cádiz, visitó la Sicilia, resolvió atravesar toda la Italia antes de volver á Turin, y con este objeto se dirigió hacia Nápoles.

No dejó allí de verse asaltado por toda la gran fama y celebridad que tenía la *Regina*. En las sociedades, en los sitios públicos, por todas partes no se hablaba mas que de la célebre cantatriz. Su nombre se hallaba en todos los labios en todas las cabezas, y tambien es preciso decirlo, en muchos corazones.

Desde la noche de su llegada, Octavio atraído por una curiosidad artística, tal vez por algun extraño presentimiento, se fué al teatro de San Carlos, obtuvo un sitio á fuerza de oro, y después de esfuerzos inauditos se encajonó como pudo en un rincón del teatro.

No podemos decir á punto fijo qué ópera se representaba aquella noche: lo cierto es que como siempre antes de la entrada en escena de la *Regina*, el público no hacia caso de los cantores que se hallaban en el teatro, y no hablaba mas que de su adorada artista.

Cuando por último se presentó, fué acogida con tal salva de bravos, de palmadas, y de gritos, que tuvo que aguardar algun tiempo á que se calmase la tempestad antes de cantar.

Y sin embargo, inmóvil en medio de la escena, hermosa como la musa antigua, y electrizada por aquella ovación, se sentía poco á poco animada por el sagrado fuego.

¿Qué fué de Octavio al reconocer en aquella muger tan admirada, tan festejada, tan celebrada, la que él había seducido y abandonado después; aquella Angela mas hermosa todavía que el día en que la había visto por la vez primera?....

Hubo entonces en el teatro un profundísimo, un casi religioso silencio; y la voz divina de la *Regina* levantándose escitó un entusiasmo que no hizo mas que crecer durante toda la representación. Jamás había tenido un triunfo semejante. En medio de todos, uno de los espectadores mudo de asombro y de emoción había permanecido escondido en el fondo de su palco. Era Octavio; fascinado por la vista y los acentos de Angela no había perdido uno solo de sus gestos ni una sola de sus notas: un nuevo amor ardiente, impetuoso, irresistible, y complicado con pesares y temores había invadido el corazón del conde.

Sin embargo, no pudo menos de contar con el poder de los recuerdos, con la influencia de su antigua intimidad con la jóven: llegó hasta lisonjearse con la esperanza de que le bastaría presentarse á Angela para reanimar en él una mal apagada pasión.

Con este pensamiento corrió hacia la entrada particular del teatro; pero el tropel de gente reunida en aquel sitio le tuvo á distancia: desde lejos no pudo mas que divisar á Angela que subía en el carruaje, y el vehículo marchaba rápidamente entre una doble fila de admiradores.

Púsose á seguir aquel carruaje, y lo vió entrar en un *hotel* de risueño aspecto, empero solitario, y cuya puerta se cerró inmediatamente que hubo pasado su dintel.

En vano intentó hacerse abrir. Aquella casa se parecía á aquellos antiguos palacios encantados, pacíficas moradas del silencio.

El severo rostro de Pietro concluyó sin embargo por mostrarse en el ventanillo; pero Octavio no adelantó mas por eso, porque el viejo criado salió para decir que la *signora* no recibía á nadie.

El conde contrariado escribió á Angela una carta, no menos arrepentido que apasionado; pero infructuosamente aguardó la respuesta.

Estas repulsas no hacían mas que acrecentar el amor del jóven. Así no perdía una ocasión de ver á Angela en el teatro: todos los días de representación se hallaba allí espiando su entrada y su salida. Frecuentemente seguía á algunos pasos aquel carruaje que llevaba consigo su esperanza, su felicidad, su sueño.

Por último, no con oro sino con meras confidencias y con la pintura de sus tormentos llegó á enternecer á la camarista que se decidió á hacerle ver á su señora.

El conde encontró á Angela en una pieza separada del *hotel* ocupada en repasar el papel que debía cantar aquella noche. Dió algunos pasos hacia ella, empero le contuvo con un ademán lleno de calma y de dignidad.

—No trateis, le dijo, de turbar el reposo de mi vida: el dolor ha matado en mí todo amor humano para no dejar mas que el amor del arte. Pero en cambio de esas pasiones que disipan el tiempo me queda un amor que no engaña jamás y que se acrecienta con los años: tal es ahora mi existencia, y no quiero, no puedo tener otra.

Como quisiese suplicarla, é hiciese ademán de arrojarse á sus pies, Regina tiró de la campanilla y se presentó el viejo criado.

—Pietro, dijo simplemente, acompañado al señor conde.

Desconcertado enteramente Octavio se retiró;



y desde entonces no tuvo mas que un solo pensamiento, el de encontrar medio de vencer á aquella muger sin la cual ya no podía vivir.

Entre los adoradores de Angela, se hacia notar el marqués de Bustamante; jóven, rico, elegante, poco acostumbrado á no salirse con sus intentos, y sin embargo, implacablemente repulsado por la cantatriz, juró que conseguiria sus fines, aunque para ello tuviera que emplear la violencia.

Una noche que volvia Angela del teatro, se arrojaron dos hombres á la cabeza de los caballos, mientras que otro tercero, que era el marqués, abrió bruscamente la portezuela del carruaje.

Ya este último estendia la mano hácia la jóven, cuando Octavio, que segun su costumbre acompañaba á poca distancia el carruaje, se lanzó sobre él, lo contuvo, y sin atreverse á levantar los ojos sobre la que acababa de salvar, exigió del agresor la reparacion de aquel ultraje.

A la mañana siguiente se verificó un desafío en el cual Octavio recibió una herida que podía ser mortal.

Desembarazado por el conde el carruaje entró rápidamente en el hotel. Empero Angela lo habia visto y oído todo. Supo tambien el duelo de los dos rivales, y sus terribles consecuencias.

Dominada por aquella compasion tan difícil de desarraigar del corazon de las mugeres, y olvidando sus antiguos agravios, sus punzantes recuerdos, se presentó noblemente en casa del jóven, y se instaló en la cabecera de su cama, para cuidarle durante su enfermedad.

A la noticia de aquel accidente el conde Juliani llegó á toda prisa. Al pronto se admiró de encontrar á aquella jóven á la cabecera de la cama de su hijo: pero el nombre de la *Regina*, y el continente casto y digno de la cantatriz le impusieron inmediatamente el respeto; de modo que lleno de reconocimiento dividió con ella los cuidados que reclamaba el herido.

En los momentos en que Octavio se hallaba solo con su padre se estremecía de todo cuanto concernia á la pretendida Regina: era cosa de nunca acabar el ponerse á hablar de su talento, de su corazon, de sus raras cualidades, y manifestaba de un modo arrebatador el amor y los remordimientos de que se hallaba consumido.

Escuchaba el anciano aquellos detalles en silencio. Despues todo pensativo respondia á su hijo que ante todas cosas era preciso pensar en su cura.

Los aficionados al teatro de San Carlos se encontraban privados de su idolo hacia un mes cerca, que este habia pasado las noches en vela al lado de Octavio. Muchas veces durante este tiempo el jóven habia visto en medio del delirio de la fiebre una figura blanca de muger inclinada sobre su frente, escuchando lo oprimido de su respiracion, y espiando la venida del sueño. Entretanto Angela proseguia la empresa de abnegacion que se habia impuesto. Tanta resignacion penetraba de adoracion el corazon de Octavio; pero retenido por el sentimiento de sus culpas, y con la reserva que se mezclaba á los cuidados de la jóven, no se atrevia á adelantar la menor palabra de amor.

Desde que el enfermo pasó la crisis decisiva, Angela con aquella sencillez que jamás le abandonaba, trató de retirarse. Para despedirse aprovechó la presencia del anciano conde á fin de evitar toda explicacion con Octavio. Empero el paciente no podia engañarse sobre aquellas intenciones. Iba á dejar de ver á Angela; iba de nuevo á ser inaccesible para ella. En semejante extremo, el conde no pudo comprimir la explosion de su dolor.

—Habeis tenido una piedad cruel, Angela, exclamó; y mas humano hubiera sido dejarme morir. Pero si persistis en rechazarme no me obligareis al menos á conservar esta existencia que no puedo soportar sin vos.

Al decir esto arrancó las vendas que cubrian su herida. Angela y el anciano conde le detuvieron, y le preservaron de seguir adelante en su peligroso intento.

—Querida hija, dijo entonces el anciano: mi hijo ha espuesto sus dias por vos, y vos aca-

bais de salvarle la vida. Vínculos son estos sagrados que debian uniros el uno al otro: yo uno mis súplicas á las suyas, permitidme que os llame mi hija.

Permaneció Angela un momento meditabunda y pensativa, y despues sus ojos se encontraron con los de Octavio; pero leyó en ellos tantas súplicas, tanto amor, que no pudo menos de dejar caer su linda mano sobre la que le alargaba el jóven.

—¡Ah! dijo con una sonrisa en que la melancolia disputaba con la embriaguez, al hacer el sacrificio de mi arte, Octavio, dejo pesar sobre vos una terrible responsabilidad...

Tal fué la venganza de Angela. Asi la Regina fué condesa Juliani, y el teatro perdió la perla de las cantantes.

Mas tarde la esposa tuvo motivos de aplaudirse, ó arrepentirse, del perdón otorgado por la jóven? Esto es lo que jamás he podido saber de un modo positivo.

## UNA BROMA PESADA.

### (Conclusion).

Un marinero vino entonces á decir á la boca de la escotilla:

—Capitan, estamos frente al Cabo y cerca de *Bonavista*. La lancha está á estribor.

—Venid, pronto, me dijo, voy á hacer los honores de mi casa, y me arrastró sobre cubierta.

Le acompañó á popa, la escala fué puesta al costado de *La Minerva*, y los hombres de que me habia hablado subieron alegremente, sin decir una palabra durante el trasbordo, y se dirigieron á proa.

La barca que los habia traído se alejó silenciosamente; solo una voz salió de ella y llegó hasta nosotros:

—¡Buena suerte, capitan!

—Adios, mi viejo Barba, respondió mi *raptor*.

Por la mañana, con un hermoso sol, toda la tripulacion estaba formada sobre cubierta conservando á pesar del balance del buque una alineacion como si fuesen soldados.

El capitan me llamó y me presentó á los nuevos huéspedes de *La Minerva*, les hizo de mi persona un pomposo elogio, y distribuyó en seguida con efusion apretones de manos como á antiguos conocidos.

¡Qué noche tan atroz pasó! porque ya no habia la menor duda, el buque habia tomado un aspecto enteramente nuevo, los cañones estaban amarrados en sus portas; los pedreros listos cerca de mi camarote, y unos cuadrados de hierro clavados á la cubierta, contenian las balas. Soñé una cosa horrible. Vi á nuestro buque atacado por otro mejor armado; las balas entraban por todas partes; las veia sobre mi escritorio, sobre mi silla de tijera, sobre mi cama; en fin, vino otra mas grande que las otras que me partió en dos pedazos.... Vi echar mis manes al mar, y un tiburón horrible y voraz que se regalaba con mis restos.... ¡Oh! ¡qué perspectiva tan encantadora!... ¡solo el recuerdo me hace aun estremecer!

A los treinta y nueve dias bordeábamos en el golfo de Méjico; yo estaba ocupado en colocar á popa mis anzuelos, y hablaba con el timonel muy tranquilamente, cuando vino á herir mis oidos la voz de *vela á sotavento*.

Sube el capitan con presteza á popa, me acerco á él, estira metódicamente el antejo sobre la mira; de pronto su fisonomia se alegró, y dijo muy contento:

—El es, si, él es.

Mucho deseaba yo saber el motivo de su alegría.

—¿Quién, capitan? le pregunté por lo bajo.

—¿Quién ha de ser? ¡voto á tall el *Washington*! y se puso á silbar su aria habitual.

—¡El *Washington*! repliqué por lo bajo. ¡Ah! ¡se me hundió la casa... por vida de... y me apoyé sobre una amarra.

—Venid, Jorge, y si mas tarde os dá la idea de publicar vuestras impresiones de viaje, hablaeis del combate á que vais á asistir; ya vereis que cosa mas hermosa!

Me echó amigablemente el brazo por los hombros y me hizo bajar con presteza la escalera.

—Venid á mi cámara que os arme, pues ni un solo instante ha pasado por mi imaginacion, que en caso de ataque prefirieseis estar mano sobre mano.

Le seguí sin decir palabra, pero hoy, puedo confesártelo, querido Villemot, un miedo enorme se habia apoderado de mí, y temblaba como un calenturiento. En su cámara descolgó de la cabecera de su cama una carabina que estaba allí suspendida por medio de una correa; el arma no podia ser mas linda, ni mejor, parecia haber sido hecha espresamente para mí, y parecia invitarme al combate.

—Tomad, me dijo con cierta profunda gravedad, á la que de seguro no me habria acostumbrado; he aqui un arma que ha usado uno de mis tíos en todas las guerras del Imperio; el pobre no pudo sospechar que su antigua carabina serviria en el golfo de Méjico.

En seguida, cambiando de tono y sonriendo añadió con indiferencia:

—¿Nosotros mismos, por ventura, sabemos dónde estaremos mañana?

—¡Eh capitan!... tal vez nos encontraremos en los dominios del señor Pluton, respondí tomando cierto aire marcial, y apoyándome sobre mi arma.

—¡Oh! ¡no digais esas tonterías!... Además, hijo mio, ¿qué es la vida?... Os supongo bastante valiente para juzgar que es preferible encontrar aqui una hermosa y buena muerte; aqui, que no hay escape de ninguna clase; á iros consumiendo poco á poco y tontamente en vuestra cama atacado de una calentura cerebral ú otra enfermedad cualquiera, rodeado de médicos que os calienten la cabeza, y os atormenten á razon de un duro por visita, y otros muchos que solo os servirian para fastidiaros y haceros morir veinte veces.... ¿No es así?...

—Si, lo prefiero, repuse yo; y entonces era el corazon el que hablaba, porque sus argumentos me parecieron concluyentes.

Me puso entonces en la cintura una especie de canana doble conteniendo ciento veinte cartuchos; echamos juntos un gran trago de ginebra, me dió sus últimas instrucciones, me designó el sitio donde debia colocarme para batirme con alguna seguridad, nos abrazamos de todo corazon, y por mi parte completamente enardecido, me dispuse á batirme lo mas violentamente que pudiera.

—Andad, mi bueno y querido Jorge, me dijo estendiendo su ancha y callosa mano sobre mi cabeza, tengo el presentimiento que dentro de una hora habeis de ser uno de los mejores y mas valientes defensores de *La Minerva*; y me echó una mirada tan magnética que inflamó mi corazon.

Fuí á colocarme á mi puesto detrás de las pipas de la aguada, cerca de popa; las órdenes se daban por medio de gritos imperativos; reinaba un sepulcral silencio, y todo iba con perfecta regularidad. La tripulacion acostada sobre cubierta, al lado de los cañones, se ocultaba tras de las muras. Comprendí que el capitan mandaba al timonel tomar el barlovento del *Washington*, para caer sobre él. Un marinero recibió poco despues la orden de izar el pabellon norteamericano, pero anudado; creo que á esto lo llaman *euberna*.

Veinte minutos despues estábamos frente al *Washington*, que nos habló. Mi corazon latia con violencia y conocí que estaba muy pálido. Nuestro capitan mandó al timonel acercarse lo mas posible con objeto de cortar por un abordage, un combate á cañonazos, que siempre deja demasiadas señales. El *Washington* nos habló de nuevo. Por fin, contestó nuestro gefe:—Enviadme un bote, y que venga vuestro capitan.

Pero el norteamericano habia adivinado al instante con quien se las habia, por el corte de *La Minerva*, que no era de construccion norteamericana; además los marineros que estaban en sus gavias, habian podido advertir que estábamos armados, y por último, la insolente pretension de nuestro capitan de hacer venir á nuestro bordo al suyo.

Las portas del *Washington* se abren, y una



horrible detonacion se dejó oír; las balas destrozaron la cocina, y nuestro pobre cocinero fué la primera víctima del combate. Contestamos con presteza, y virando al instante *La Minerva* les envió otra segunda andanada.

Yo estaba como atontado; cargo mi carabina, apunto, y disparo mi primer tiro. El humo, las voces, la ginebra que habia bebido, todo se me subió á la cabeza, y estaba medio embriagado y como furioso.

Seguí disparando, pero ya con mas sangre fria y aplomo.

Dos horas hacia que duraba el combate con encarnizamiento por ambas partes. Estaba ya rendido; me volví un poco y eché una mirada sobre cubierta. ¡Qué espectáculo tan horrible se ofreció á mi vista!... Por todas partes hombres mutilados, miembros destrozados y cuajarones de sangre llenaban la cubierta; el capitán sentado á popa y enteramente al descubierto dirigia la maniobra y el combate sin haber recibido una herida, mientras por tres veces habia sido sustituido el timonel á su lado. De buena gana le hubiera rogado que dejara tan peligrosa posicion.

Una vez al volverme para cargar, uno de los grumetes herido en la frente, cayó sobre mí; lo levanté y coloqué en un banco cerca de la cámara, y mojando mi pañuelo le limpié la herida. ¡Ay! era cuanto podia hacer por él; abrió los ojos, y pareció darme gracias con sus miradas; á poco una convulsion le hizo incorporarse, y diciendo:—¡Ay! ¡madre mia, madre mia!... cayó cadáver. ¡Ah! esto era demasiado; estaba anonadado... habia visto morir á muchos blasfemando, y ni siquiera me habia conmovido, pero este niño muriendo en mis brazos y llamando á su madre me hizo llorar.

El capitán habia presenciado esta escena, y le vi limpiarse una lágrima; dió algunas órdenes, y nos acercamos al *Washington*; nos largaron una andanada á tiro de pistola, contestamos con otra, y ya nada se distinguió. Cuando el humo se disipó un poco, vimos á nuestro adversario que se iba á pique con inaudita rapidez; pronto solo se vieron los masteleros, y despues nada.

Un sepulcral silencio reinaba en nuestro bordo; solo se oían los lamentos de los moribundos; apenas quedábamos en pie quince ó diez y seis.

El capitán murmuró estas palabras:

—¡Se me escapa, que día tan pícaro!

El calafate encargado de las bombas vino corriendo á decir al capitán que apenas tendríamos tiempo para echar las lanchas, pues nos íbamos á pique sin remedio. Íbamos á correr la misma suerte del *Washington*.

Una lancha mal desamarrada por la precipitacion, se hizo pedazos y perdimos dos hombres. Soltamos con mas precauciones la otra, pusimos en ella á toda prisa provisiones, y una cajita negra que siempre conservaba cerca el capitán, y nos embarcamos. Los pobres heridos abandonados lloraban; sus lamentos me conmovieron, y á fuerza de súplicas hice consentir al capitán el que nos llevásemos los que ofrecían mas esperanzas. Al ir á saltar los dos primeros, *La Minerva* se hundió en el mar con la rapidez del rayo, y apenas á fuerza de remo pudimos separarnos lo bastante para no ser absorbidos por el abismo.

Dos minutos despues solo algunos cadáveres que flotaban y algunas manchas sanguinolentas era lo que se veía en la superficie del mar.

Ya era tiempo... algunos minutos mas y estábamos perdidos. El buque norte-americano el *Cárlos* venia hacia nosotros. Una hora despues estábamos á su bordo como náufragos de *La Minerva* que hacia rumbo á Rio-Janeiro.

Tres dias despues nos hallábamos en Nueva Orleans. El capitán despidió á su tripulacion dándoles una fuerte suma y diciéndoles:—Hasta la vista. La cajita negra estaba llena de oro.

Héme aquí en las floridas orillas del Mississippi. La tierra me gustaba mas que nunca, y era muy dichoso de no sentir ya bajo mis pies el balance de abordó que durante algunos dias no pude separarlo de mi imaginacion.

Le dije al capitán que queria volverme á Francia.

—Qué... ¿quereis dejarme? me dijo, ¿tan mal

os va á mi lado? No creais que la pérdida de *La Minerva* me haya dejado sin recursos; aun me queda *Mobile*, un bergantín excelente; quedaos conmigo, Jorge.

—No, capitán, le contesté con firmeza; tengo familia que ha debido quedar en grande inquietud por mí... Tal vez vuelva; pero por lo pronto mi único deseo es el de verme en Francia cuanto antes.

—¿Lo quereis así?

—Sí, capitán.

—Pues haced vuestro gusto.

A los dos dias me embarqué en el buque inglés *Seu-Lion*. El capitán me dió diez onzas y pagó mi pasaje en cámara de popa. Me acompañó á bordo y abrazándome deshecho en lágrimas, como yo, me decia, en los momentos de partir, con voz entrecortada:

—Aun es tiempo, quedaos Jorge.

—No puedo, capitán, os quiero bastante para complaceros, si no tuviese familia.

—Vamos, este viaje ha sido para mí una cadena no interrumpida de desgracias.

Nos abrazamos por última vez y partió.

El vapor remolcador nos arrastraba ya, y oí al capitán que me gritaba con voz vibrante:

—Jorge...

—Capitán...

—Confesad que os he jugado una broma algo pesada.

—Sí, capitán, un poco.

—Adios, Jorge.

—Adios, capitán.

Mientras pudimos distinguírnos nos estuvimos haciendo signos de despedida.

Ahora comprenderás, querido Villemot, mi agitacion de anoche cuando oí leer: «Escriben de *Baton Rouge* (Estados Unidos): El pirata D. L. acaba de ser ahorcado; antes de morir ha confesado... Ahora se sabe que él fué el que en 1830 echó á pique el bergantín *Washington*; ha muerto como un valiente.»

## MISCELANEA.

**EL PESCADOR ORIGINAL.**—Un caballero de Italia convidó á una gran comida á toda la grandeza de su vecindad, proponiéndose el poner en su mesatodo cuanto á la sazón ofreciese mas esquisito: ya habian llegado algunos convidados, cuando el mayordomo llegó sin aliento á la sala.

—Señor, abajo está un pescador muy extraño, que trae un pescado muy raro, pero le pone un precio...

—No hagascaso del precio, respondió el marqués, págale cuanto pida.

—Eso es lo que yo quisiera, señor, pero no quiero dinero, y...

—¿Cómo!... ¿Pues qué pide?

—Pide cien palos sobre sus carnes desnudas, y dice que no rebaja uno.

Esta proposicion tan singular hizo bajar á todos los caballeros para ver al pescador.

—¡Hombre qué buen pescado, qué delicioso! dijo el marqués. ¿Cuánto quereis por él? Se os dará al momento...

—Señor, ni un cuarto, yo no quiero dinero; si quereis este pescado, es preciso que me mandeis dar cien palos sobre las espaldas desnudas; no siendo así, iré á llevarlo á otra parte...

—Hombre, responde el marqués, por no privarnos de tan buen bocado se os dará gusto en lo que pedís: hola, gritó á uno de sus criados, pagad á este buen hombre con lo que pide, pero no le deis muy fuerte, sino con toda compasion.

El pescador se quitó su vestido, y el criado se puso á ejecutar las órdenes de su amo;

—Cuidado, amigo, contad bien; porque no quiero un golpe de mas ni de menos que los dichos.

La ejecucion se hizo en presenencia de todos, y luego que el criado le aplicó los cincuenta: Deteneos, dijo al pescador, yo he recibido ya mi parte por el precio del pescado...

—¡Vuestra parte, dijo el marqués! ¿qué quereis decir con eso?

—Sabed, señor, que tengo asociado en esta venta, á quien he prometido dar la mitad de lo saqué por el pescado; mi honor está comprometido, y creo convendreis en que seria injusto

el privarle de la mas pequeña porcion que le corresponda.

—Y decidme, amigo ¿quién es el asociado...

—Es vuestro portero, el que está en la puerta principal de vuestro palacio, quien me negó la entrada, y solo la pude lograr sometiéndome á la condicion que me impuso de darle la mitad de la cantidad en que vendiese mi pescado...

—No le faltará nada en su parte, dijo el marqués, pues tendrá doble sin ningun descuento.

Al momento hizo venir al portero; le desnudaron, y le dieron cien palos sin faltar uno, y sin tenerle compasion: despues mandó el marqués dar al pescador media onza de oro, y decirle que todos los años viniese á recibir igual suma en recompensa del servicio que le habia hecho.

**EL GALLO DE LA VELETA.**—No duden vds., decia el cura de un lugar á sus vecinos, que vamos á tener agua muy pronto, porque el gallo de la torre se acaba de volver al mal viento.

—Y si se hubiese vuelto de otro lado, ¿qué sucederia? dijo un vecino.

—Entonces seria señal de buen tiempo, respondió el cura.

Dos dias despues, acordándose este vecino delo que el señor cura le habia dicho, se subió al campanario, y trepando por fuera se puso á atar el gallo de la veleta y mirando al Norte; sale el cura y le dice:

—¿Hombre qué haces?

—No es mas que por cinco ó seis dias, responde muy satisfecho; porque necesito que me haga buen tiempo para un pequeño viaje que voy á emprender mañana.

**EL CURRUTACO.**—Un caballero de estos petimetres (de letra gorda) dijo á su sastre un dia:

—Maestro, yo quiero me haga vd. un pantalon de punto pero muy estrecho, para que no me oculte la perfeccion de mis formas; y así advierto á vd. que si los puedo meter no los tomo.

## LOGOGRIFO.



SOLUCION DEL LOGOGRIFO INSERTO EN EL NUM. 74.

A cuentas viejas barajas nuevas.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,  
calle de Sta. Teresa, núm. 8.